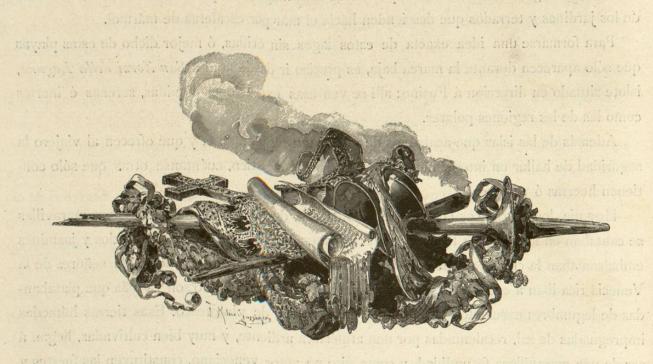
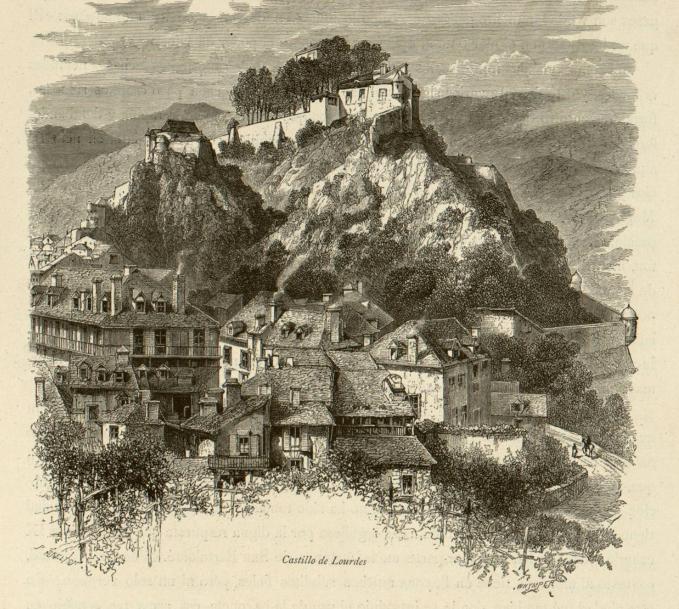
y de flores. ¡Oh! ¡cuánto te envidio, pescador del Adriático, tú que vives y mueres en tus queridas lagunas! Trabajas algunas horas para ganar tu subsistencia, pero la tienes asegurada; puedes contar con el dia siguiente; y para olvidar tus fatigas tienes ese cielo, ese conjunto maravilloso, esa vida profundamente poética, que en ningun lugar del mundo puede serlo tanto como aquí.....

¡Adios, Venecia, adios!.... Cuando todos están aún entregados al sueño, he marchado solo; al rayar el dia, la misteriosa góndola me separa rápidamente de tí, no sin un sentimiento profundo de melancolía. ¡Adios, tú tambien, mi bravo gondolero; yo te estrecho la mano como á un amigo, porque tú eres el último recuerdo de la ciudad querida, el último hijo de San Marcos que áun me habla y no me abandona sin pesar! ¡Que San Marcos, y San Antonio y la Madona te protejan!



bijos de las laguens correr lalcia elle, los unos en pequenos es pilles donde npénas caberanas



## LOS PIRINEOS

Elevándose como una muralla inmensa desde el Atlántico al Mediterráneo, la gigantesca barrera de los Pirineos es uno de esos límites naturales que determinan el carácter distintivo de los Estados.

El pueblo de aquende y el de allende la cordillera pirenaica no pueden fusionarse, llegar á ser uno solo; España y Francia están más separadas por esa barrera de lo que pudieran estarlo por infranqueables desiertos ó por las rompientes de alborotado mar.

Y no exageramos al decir que no es nada fácil el paso de esas escabrosas montañas: excepto en los sitios en que por ambos lados se deprimen las pendientes, pocas vías hay de comunicacion; fuera de estas, los sólidos muros de roca no presentan sino boquetes, los llamados

«puertos» en el lenguaje local, cuyos pasos sólo son practicables para el contrabandista ó el cazador, para la mula de seguro pié, el ágil lagarto ó la cabra montesa. Algunos de estos pasos son verdaderamente peligrosos, como lo indica un proverbio de los montañeses: «El que no ha estado en el mar ó en el «puerto,» no conoce el poder de Dios.»

Así como todas las fronteras, los Pirineos han sido teatro de sangrientas luchas y nefandos crímenes, y esto durante varios siglos; por eso se encuentran á cada paso castillos ruinosos, fortalezas en otro tiempo de turbulentos caballeros que vivian sólo de la rapiña y del bandolerismo. El belicoso estruendo de las armas ha interrumpido con frecuencia el silencio de aquellas soledades, por donde han cruzado numerosos ejércitos para pelear entre los precipicios y las rocas. Aníbal condujo sus huestes á través del Pertús, y César sus legiones; Cárlo-Magno cruzó el Pirineo para invadir la España, sufriendo una humillante derrota entre sus precipicios, gracias al valor de los intrépidos montañeses; últimamente, el duque de Wellington, merced á una serie de ingeniosas operaciones estratégicas, pudo forzar el paso á través de las montañas, y con las grandes batallas que se siguieron en Ortés y Tolosa consiguió poner término á la prolongada lucha conocida familiarmente con el nombre de guerra Peninsular. El último acto de aquella campaña tuvo lugar en Bayona, sitiada entónces por Sir Hope: la paz se habia firmado ya, pero el jefe francés, no teniendo noticia del hecho, ó mal informado, hizo una salida que ocasionó á los ingleses numerosas pérdidas.

La fortaleza de Bayona, que se libró de ser tomada en 1814, cuando faltaba poco para que cayese en poder del enemigo, pudo conservar incólume su antigua divisa Nunquam polluta. En toda su larga y no poco gloriosa carrera, que data de la época de los romanos, en que, como la antigua Lapurdum, se estableció cual segura avanzada para contener la irrupcion de los indómitos vascos, esa fortaleza no ha sido tomada nunca por el enemigo. La ciudad tiene, sin embargo, más motivo de estar orgullosa por la digna respuesta que dió á Cárlos IX cuando recibió órden de tomar parte en la matanza de San Bartolomé. «Vuestra Majestad, contestó al monarca, tiene en Bayona muchos súbditos fieles, pero ni un solo verdugo.» En esta ciudad fué tambien donde se introdujo el uso de la bayoneta, esa arma tan temible en los ataques de la infantería; algunos dicen que la inventaron los hábiles armeros de la plaza; pero otros aseguran que un regimiento vasco, falto de pólvora, sujetó sus cuchillos en los cañones de sus fusiles, convirtiéndolos en picas. Al principio era necesario quitar la bayoneta para hacer fuego; pero los franceses obviaron el inconveniente fijando el arma en la parte exterior del cañon: á ellos se debe, pues, ese perfeccionamiento.

La moderna Bayona, ciudad de agradable aspecto y muy limpia, tiene hermosos paseos cubiertos de sombra, pero las calles son estrechas; y las casas, altas por lo regular y con balcones, ofrecen cierto carácter español.

El castillo, convertido ahora en cuartel, fué en otro tiempo residencia de Catalina de Médicis: dos rios cruzan por aquí, el Nive y el Adour, que se unen dentro de la ciudad. La plaza no es muy comercial, porque su puerto tiene una barra terrible, continuamente agitada por las olas oceánicas; de modo que los buques no pueden franquear el paso, excepto en las altas mareas. Esta barra fué la que tanto dificultó las operaciones de Wellington cuando

quiso establecer un puente de barcas á través del Adour, ese ancho rio de rápida corriente que entónces defendian los franceses con mucha tenacidad: á no ser por la intrepidez de algunos de sus hombres, el hábil general no hubiera conseguido su objeto. La ciudadela de hoy dia es una obra maestra de Vauban; pero todo su sistema de fosos y bastiones serviria de poco contra los medios de que dispone la moderna ciencia de la guerra.

Bayona está situada en los límites del país vasco, cuyos pueblos se hallan muy próximos: un corto paseo por un terreno ondulado, donde abundan los olmos, basta para llegar á Ustariz, donde antiguamente se reunian los Estados. Más léjos está Cambo, pintoresco pueblecillo que tiene una casa de baños, con aguas minerales para los enfermos, y abundantes flores para los botánicos. Desde aquí se va al Paso de Roldan, por Izazu, donde, segun la tradicion, el intrépido guerrero abrió un boquete en la roca sólida de un solo puntapié. Lo más probable es que el impetuoso Nive, cuya corriente es aquí muy rápida y violenta, sobre todo cuando hay crecida por el deshielo, se abriera por aquel sitio un nuevo paso; pero el amor á lo maravilloso parece muy arraigado entre los habitantes del Pirineo, y hé aquí porqué se conserva la leyenda del Paso de Roldan.

Entre los habitantes de esas montañas, los vascos constituyen sin disputa la raza más interesante: su dialecto no se parece á ninguno de los de Europa; son amantes de la libertad ante todo, de carácter fogoso, muy susceptibles en cuanto á las ofensas, alegres, emprendedores, corteses, robustos y bien formados. Cuando se habla de alguno de esos habitantes, acostúmbrase á decir: «No es un hombre; es un vasco,» con lo cual se quiere indicar su reconocida superioridad.

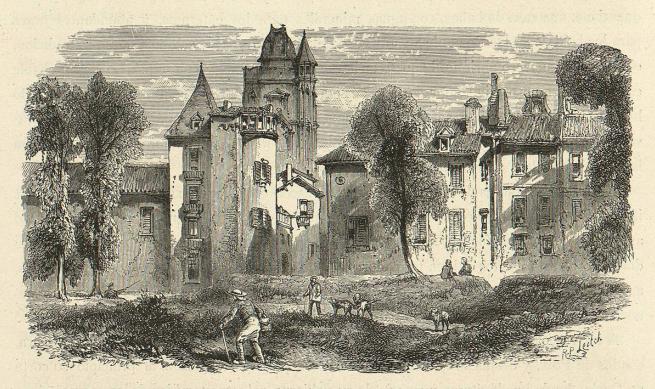
A los vascos siguen los bearneses, antiguos súbditos de los famosos príncipes del Bearn, condes de Foix, y despues reyes de Navarra. Esos príncipes tuvieron al principio su corte en Ortés, donde quedó eterna memoria de su gobierno, así como tambien de los negros crímenes de muchos individuos de la familia. Allí fué donde el conde Gaston Febo mató á su único hijo, en el gran castillo de Moncada, del cual sólo se conservan algunos muros ruinosos y una elevada torre; allí donde con su propia mano dió muerte al valeroso Pedro Ernault, gobernador de Lourdes por el Príncipe Negro; y allí, en fin, donde Ernanton de España, cierto dia que Gaston Febo reprendia á sus servidores, tachándolos de perezosos por no tener siempre fuego encendido, echóse á cuestas un asno con su carga de leña y subióle desde el patio al gran salon.

Ortés conserva verdaderamente sangrientos recuerdos, entre ellos la matanza que se llevó á cabo en el antiguo puente gótico, cuando los soldados calvinistas de Montgomery arrojaron de cabeza al torrente, desde la torre central, á los sacerdotes católicos que prefirieron tan terrible muerte á renunciar á su fe.

Cuando por juiciosos enlaces y un natural aumento de poder, la casa de Foix se elevó en rango y prosperidad, agregando al título de Señores del Bearn el de soberanos de Navarra, abandonaron á Ortés para establecerse en Pau. Asegúrase que Gaston Febo hizo construir su castillo, en el cual nació Enrique IV, hijo de Juana de Albret.

Curioso contraste ofrecen estos recuerdos con el moderno aspecto de Pau. Su antiguo

castillo feudal ha quedado casi oculto por los numerosos hoteles establecidos en la ciudad, y en cuanto á los habitantes de ambos sexos, no pocos llevan su primitivo traje, ú otro muy parecido. La naturaleza tampoco ha cambiado allí: desde el terrazo que se eleva sobre la ciudad ofrécese á la vista el mismo panorama, el mismo paisaje, en el que se destacan como siempre los cerros redondeados de Jurançon, cubiertos de los viñedos que dan el famoso vino; en último término se divisan los majestuosos Pirineos, con sus picos gigantes, dominados por el del Mediodía, el de Ossau y el de Bigorre. En cuanto al clima, probablemente no ha variado tampoco; siempre es la atmósfera serena y el aire silencioso; á la ciudad llega

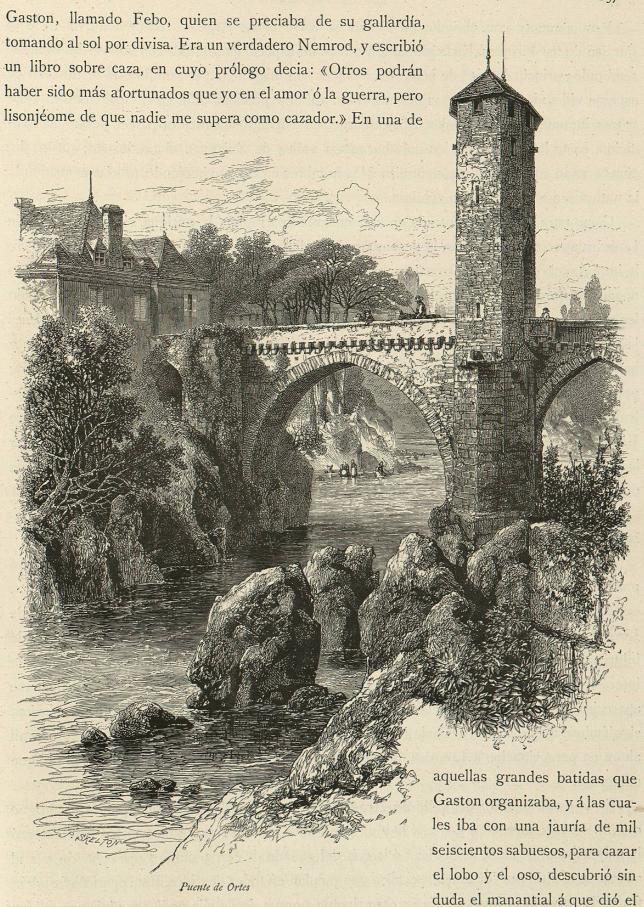


Castillo de Bayona

sólo como un sordo rumor el tañido de las campanas de las iglesias; apénas agita la brisa las hojas de los árboles; y no parece sino que la naturaleza se ha paralizado allí.

H

En los Pirineos son muy numerosos los establecimientos de sanidad y las casas de baños para toda clase de enfermos, pues ninguna region es más rica en aguas minerales, sulfurosas, ferruginosas ó salitrosas: calcúlase su número en 253. Algunos de esos establecimientos tienen una fama universal, como por ejemplo el de Bareges, cuyas aguas, segun se asegura, son muy eficaces para curar las úlceras y las heridas causadas por armas de fuego; otros cuentan una remota antigüedad, pues fueron patrocinados por los romanos. Eaux Bonnes (Aguas buenas) y Eaux Chaudes (Aguas cálidas), son dos estaciones de baños de las más frecuentadas, á las cuales se va desde Pau por un pintoresco camino, cruzando por Lauruns, pueblecillo situado como un nido entre los picos de las montañas. Allí está el valle de Ossau y el valle del Oso, los terrenos de caza del jóven Enrique de Navarra y de su cruel antecesor



nombre de Eaux Bonnes, llamando á la montaña que está como suspendida sobre él Montaña del Buen Tesoro. En el valle de Ossau hay todavía lobos y osos, lo cual no agrada mucho á los pastores que deben recorrer grandes distancias para llevar sus ganados al pasto.